



*“...donde **NO**
habite el olvido...”*

Diputación de Huelva
Sala de la Provincia

Del 22 de abril al 12 de mayo de 2022



¿Y tú, tienes memoria?

“Donde hay dolor hay suelo sagrado”

Oscar Wilde

La memoria democrática se encuentra hoy en el centro del debate político y cultural. En España durante una larga etapa histórica ha faltado actitud crítica hacia lo ocurrido durante y tras el golpe de Estado fascista de 1936. Ahora es el momento de dar un paso hacia adelante y poner bajo la lupa de la investigación los acontecimientos de esa etapa negra de nuestra historia. La búsqueda de la verdad debe tener el claro objetivo de hacer justicia y reparación de las víctimas, tanto de los represaliados como de sus familiares, restituyéndoles la dignidad que violentamente se les usurpó, y todo ello con el claro compromiso de que no se repita nunca más. Ha sido demasiado tiempo de penumbra, abatimiento y desdicha, demasiado tiempo bajo una liviana mirada hacia nuestra memoria.

No más políticas del olvido. Como presidenta de la Diputación, estoy empeñada en que Huelva sea una provincia donde no habite el olvido como reza el título de esta exposición y como muestra su cartel, sobre esa atmósfera neblinosa propia de las “sacas” al alba y ese árbol estéril en su intento de proyectar sombra y olvido sobre la memoria de tantas vidas segadas en las tapias de nuestros cementerios, toda la sociedad debe alumbrar el recuerdo de la libertad que tantos balazos de odio e intolerancia intentaron borrar. Es cierto que la memoria ha ido de la mano del olvido demasiado tiempo en nuestro país, pero al igual que la voluntad paciente de ese trabajador que antes de enfoscar el muro de la vergüenza se detuvo en rellenar con huesos de dátil tantos impactos de muerte, para que no se olvidara la ignominia allí perpetrada, toda la sociedad ante la pregunta de si tenemos memoria, debería responder unánimemente que sí, que al igual que Funes el memorioso, protagonista del cuento borgiano, debemos desterrar el olvido de nuestra memoria individual y colectiva.

Desde la esfera de lo público se han dado pasos sin parangón en ese sentido avanzando en una legislación específica sobre Memoria impulsada por el gobierno de España en 2007 y por la Junta de Andalucía en 2017, así como con el borrador de la futura ley sobre memoria democrática que ha de tramitarse en el Congreso. Es deber de las sociedades civiles y de los gobiernos democráticos admitir y reconocer lo que sucedió en el pasado de manera pública para que pueda ser discutido e investigado. Tenemos que ser capaces de “sanar las heridas para que no supuren y guarden paz”. La cultura de la memoria está íntimamente conectada a los derechos humanos y a un futuro de esperanza con el que debemos comprometernos y trabajar. Hay quien opina que la implantación de los derechos humanos en el mundo es la última utopía a la que nos enfrentamos y Ernesto Sábato aseguraba que la sociedad tenía sed de utopía... Desde la Excm. Diputación provincial, a través del Comisionado de Memoria Democrática incentivamos una mirada que busque la verdad para hacer justicia y para que cure y cierre las heridas que, a pesar de la lejanía, aún duelen. Porque tenemos una deuda con las mujeres y hombres que fueron víctimas de la intolerancia, con sus familiares y con nosotros mismos como sociedad libre, nunca en retirada, y democrática. Que no se vuelva a oír ni un solo quejido indignado, nunca resignado, por la desaparición de un ser querido. Debemos mostrarnos “irresignados” como decía Antonio Machado. Que nuestra historia jamás vuelva a contarse de forma deshilvanada.

Mi deseo es que esta exposición nos sirva para reflexionar y para tener esperanza, una esperanza llamada utopía y entregada en forma de legado a las generaciones venideras. Ellas serán las herederas de los valores más bondadosos que puedan redimirnos, como sociedad, con las víctimas y sus familiares.

María Eugenia Limón Bayo
Presidenta de la Diputación de Huelva







ANTONIO VILLANUEVA MÁRQUEZ

EL NIÑO DESCALZO DE LA CÁRCEL

Antonio Villanueva Márquez.

Un niño que juega descalzo, rotos sus pobres pantalones, en el patio de la cárcel. Es hijo de Antonio Villanueva Márquez (nacido en Calañas, residente en El Campillo por su trabajo en las minas de Riotinto) y de Andrea Pozuelo Galán. Dormían Antonio y Andrea cuando aporrearon con brusquedad, con furia, la puerta en busca de él. No volvió a verla ella. Antonio, 31 años. Andrea, 25. Nunca más supo. Sólo hace unos años, sus descendientes tuvieron noticias de que sus restos yacen bajo la tierra de una fosa de El Campillo.

Cuando desaparece su marido, Andrea regresa a Calañas con sus cuatro hijos, dos de ellos mellizos. Allí, para sobrevivir se dedica al estraperlo. Es detenida, es encerrada en la cárcel. Y con ella va su pequeño Antonio, el que lleva el mismo nombre que su padre, el mellizo que ha sido alimentado con leche de una cabra porque los pechos de la madre no dan para los dos hijos. ¿Cómo es la mañana, la tarde... , cómo son las noches de un niño en la cárcel? ¿Qué se tatúa para siempre, indeleble, en la piel virginal de la memoria? Ahora, a sus 86 años, aquel niño encarcelado junto a su madre, el huérfano del fusilado, posa entre los barrotes. Para esa foto, aquel lejano niño sin zapatos, de ropa desgastada, se ha vestido con traje y corbata.

Nacido un 13 de abril del año anterior al inicio de la guerra, pero inscrito el 14, porque su fecha real daba mala suerte, y mellizo de Manuel, que tardó tres días y medio más en salir al mundo, Antonio rememora sus días en prisión: “En el patio jugábamos los niños. Recuerdo que mi madre iba al lavadero pero casi no salía del pabellón. Sólo había guardianes hombres, pero las celadoras eran mujeres, entraban de noche en silencio, miraban, contaban y se iban en silencio”. Recuerda que la comida era pésima, basura. Recuerda -y ahora sonrío- que era muy travieso y encerraba a otros niños, hijos de presas como él, en un pequeño cuartillo que había en el patio. Recuerda el peso abrumador del silencio cuando llegaba la hora impuesta de callar. Un silencio exterior al que se uniría para ahondarlo, adensarlo, abismarlo aún más, para hacerlo todavía más hiriente, el interior, el silencio que nacía del propio vacío. Dormía junto a su madre en un jergón en el suelo, rodeado de otras mujeres y sus hijos. Recuerda -y entonces sí se quebraba el silencio, como se triza un cristal de una pedrada- el llanto de su madre. Sus lágrimas diarias. Quiero creer que el día que Antonio, y el posterior que Andrea, salieron de la cárcel lucía el sol. Que al abrirse las puertas brillaba, y cálida y dorada su luz los recibió.

A los 11 años, cuando tuvo sus primeros zapatos, comenzó a trabajar de porquero, el jergón carcelario fue sustituido por el pajar en donde ahora dormía junto a animales. A los 17, se fue a la mina. Los insomnios, las pesadillas de aquel tiempo son hoy el sueño de sacar de la fosa común los restos de su padre. “Me conformo -confiesa emocionado- con un hueso, solo un hueso, y poder enterrarlo dignamente”.

Juan Cobos Wilkins

ANTONIO VILLANUEVA POZUELO, 86 años
MARÍA CLAUSS
Papel Hanemhülle Ultrasmooth/Dibond
130 x 86,5 cm







COMO EL HUMO

Francisco y Cesárea

Puedo escuchar el traqueteo del tren minero camino de Tharsis. Vagones repletos de trabajadores somnolientos todavía, tosen, fuman, conversan, algún buen trago de aguardiente que entone, dé ánimo y caliente el estómago. Fuerzas antes de la dura jornada. ¿Y quién es ese, el del la fila última del segundo vagón...?, sí, ese que deja sus ojos negros perdidos en el horizonte. Se llama Francisco.

Amanece, una invisible navaja de afeitar saja la oscuridad, abre una herida de luz anaranjada hacia el este. En esa claridad tenue que crece lentamente posa su mirada Francisco, ¿en qué piensa Francisco, el de Aljaraque, mientras avanza el tren y su humo se va quedando atrás, perdiéndose, como la larga cola de un caballo que huyera de sí mismo, que quisiera escapar de su presentido destino? Sin hablar, sin emitir sonido, quizás está cantando para sí ese fado que Cesárea, su esposa portuguesa, de Castro Marín, más que cantado, le ha susurrado al oído (“tienes orejas de soplillo”, recuerda que le dijo cuando lo conoció, y él pensó: “Vaya, mal empezamos”). Ella entona mucho mejor que él, desde luego que sí, pero Francisco no escucha su propia voz sino la de Cesárea, como si el acento portugués se depositara sobre el suyo igual que cae el azúcar sobre el fondo de la taza, lo mismo que sus cuerpos cuando están juntos.

En ese mismo momento, Cesárea está amamantando a su hija menor, María. Dos niñas tienen, esta que no quiere separar sus pequeños labios del pecho de la madre, y Francisca, la mayor. No es fácil la vida con el jornal del marido y las dos niñas, pero no se queja, de lo único..., se sonríe al pensarlo, de eso sí, es que a Francisco no le gusta el culantro en las comidas y a ella le pirra. Se sonríe Cesárea y da un golpecito en la espalda de María para ayudarla a eructar. Luego, tras besarla, y antes de ponerse a la faena diaria, mira la foto en la que ella, más joven, sostiene una rama florecida entre las manos, y suspira.

Ignora Francisco González Montiel que el 16 de agosto de 1936 vendrán a buscarlo en un camión y nunca más regresará a su casa.

Ignora Cesárea Madeiro Santos que diez días después de que se lleven a su marido regresarán en busca de ella, para -dicen- hacerle unas preguntas, y jamás retornará a su casa.

Él, 41 años; ella, 39. La última vez que vieron a sus padres las hijas tenían 10 y 2 años. Desaparecieron como el humo del tren que llevaba a su padre, como el que salía del fogón de su madre.

FRANCISCA GONZÁLEZ MADEIRO, 87 años
MARÍA CLAUSS
Papel Hanemhülle Ultrasmooth/Dibond
95 x 63,4 cm







CUSTODIO BAZ ALMARAZ

LOS LIBROS, EL FUEGO

Custodio Baz Almaraz

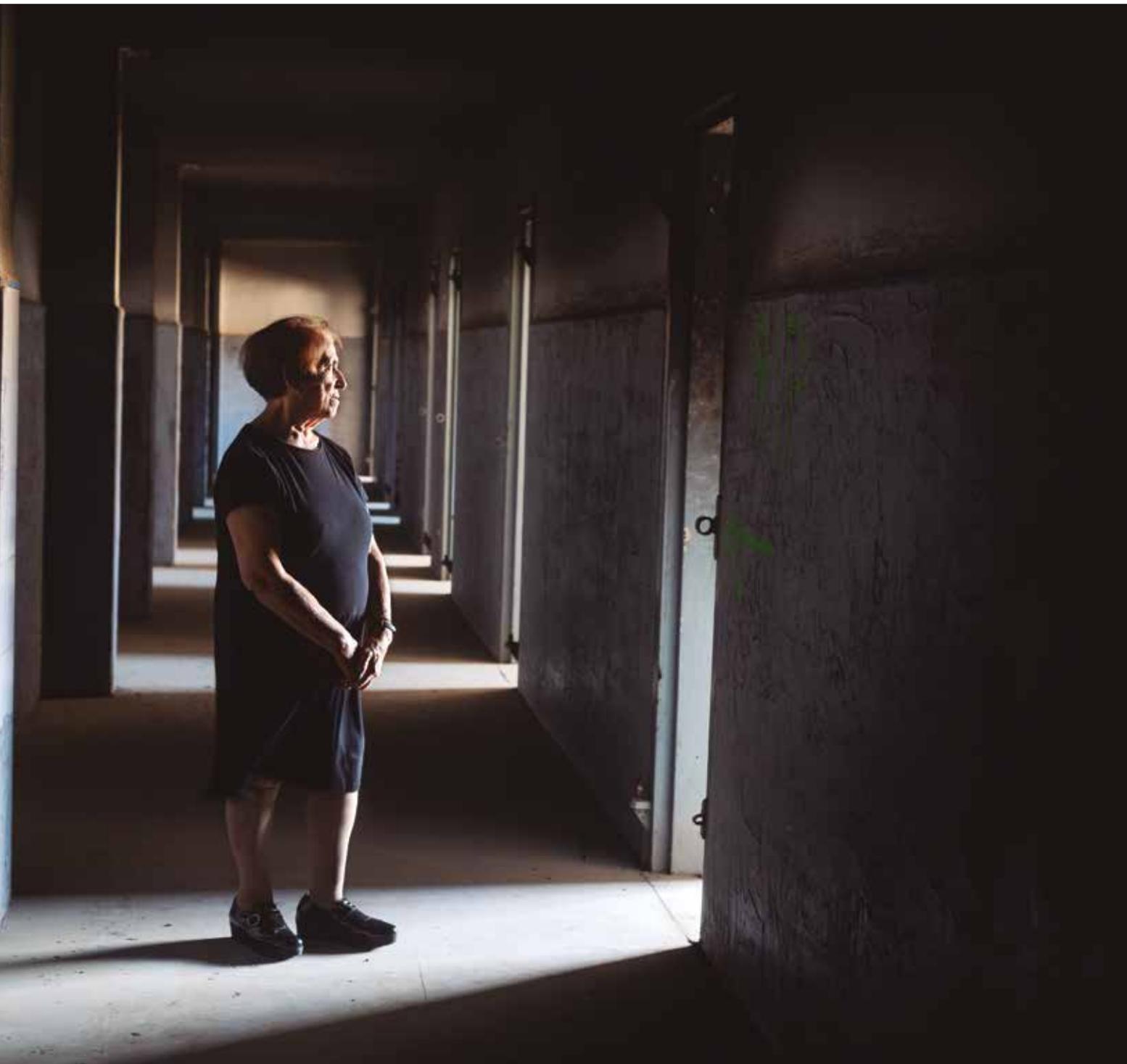
Ama los libros. Los ratos que le deja su profesión de viajante de calzados de Valverde son para ellos: detenerse moroso en una bella frase, aprender esa palabra desconocida, nueva, que suena tan bien, memorizarla, enriquecer su vocabulario, adentrarse en la intriga de la aventura y pasar las páginas con avidez, como si avanzase por la selva en busca de un secreto tesoro oculto. Custodio ama los libros, pero con los tiempos que corren, su mujer, Bartolina, tiene miedo de que algunos puedan estar prohibidos, de que delaten el pensamiento de su marido. En la casa hay un pozo. Esa podría ser la solución, esconderlos allí, en los oscuro. Custodio imagina sus libros cayendo uno a uno hasta el fondo, como sueños ahogados. Pero son muchos, tantos son los volúmenes que, si se asoman al pretil, pueden verse. El fuego. Esa es la solución, darles fuego, quemarlos. Custodio ve cómo las llamas arrasan las páginas, donde vivían aquellas palabras que aprendió, donde palpitaban aquellas intrigas, inquietudes, ilusiones que hizo suyas, ahora se alzan, azuladas, rojizas, crepitantes, las llamas. Y después, ya no más que cenizas. Cenizas que el viento esparcirá. Pero dos de aquellos libros se salvaron.

El fuego de sus libros. Y otro fuego, el prendido a la iglesia de Valverde del Camino el 21 de julio de 1936, ese día Custodio Baz Almaraz, nacido en San Juan del Puerto, residente en Valverde con su mujer y sus dos hijas pequeñas, Inés y Rita, paseaba por la plaza, una vecina lo señaló como culpable de participar en el incendio. El fuego de sus libros, el fuego de las imágenes religiosas (aún faltaban treinta años para que Cortázar publicase *Todos los fuegos, el fuego*). No quiso huir Custodio, confiaba en su inocencia. El 6 de agosto de 1936 lo sacaron de su casa para ser encerrado en la cárcel de Huelva. Preso ya, avisaron a su madre: también Josefa, su otra hija, y su yerno Inocencio serían fusilados. Custodio lo fue ante las tapias del cementerio de Huelva, un mes después de su detención, sin juicio, tenía 39 años. Desde entonces y hasta su muerte, Bartolina, cubrió su cuerpo con el luto.

Solo un par de libros se habían salvado de la quema para ser heredados por sus dos hijas: *El conde de Montecristo* y *El Quijote*.

RITA BAZ CANTO, 87 años
MARÍA CLAUSS
Papel Hanemhülle Ultrasmooth/Dibond
95 x 63,4 cm







DOMINGO APARICIO SÁNCHEZ

BALAS EN LA IGLESIA

Domingo Aparicio Sánchez

Tengo el recuerdo de mimosas florecidas en jardines de La Zarza, quizás -quiero acordarme- en algunas de las casas de los ingleses. Y no sé por qué de inmediato puedo ver a una mujer joven, pero enlutada, portando un ramo de esas flores amarillas como diminutos soles y depositándolas con cariño, y arraigado pesar, en la tumba de Domingo Aparicio Sánchez, 36 años, su esposo fusilado. El negro, estricto, triste, de sus ropas se salpica con el polen dorado.

Junto a sus hermanos, Sebastián y Andrés, Domingo, de frente amplia y despejada, de mirar profundo, se había refugiado en el campo. Pero, engañados, haciéndoles creer que la bandera blanca ondeaba y podían volver, retornaron al pueblo. No era de ese color la bandera, la que flameaba, movida por malos vientos, tenía el color invisible de la muerte. Domingo, crédulo, se entregó a la Benemérita. Detenido de inmediato, se negó a ser un delator.

Un mes antes del estallido de la guerra, se había inaugurado la iglesia de La Zarza. Ladrillo, cal, campanario rematado en pirámide color del cielo. Escucho los pasos de este hombre, lentos, lentos, obligados a ser rápidos, más rápidos, por los guardias, van del cuartel a la iglesia, reconvertida en sala de justicia. Sus pisadas se marcan en el polvo del suelo. En el templo, los ojos sin vida de las imágenes religiosas no pueden verlo. No, ni los de las personas que ama y lo aman. ¿Qué piensa, qué siente en aquel lugar sagrado durante toda la interminable -o tal vez fugacísima- noche que permanece retenido en lugar sagrado? En su esposa, sus hermanos, en sus padres... No hay cantos, ni palabras en latín, ni el velo de una novia, ni el llanto de un niño al caer sobre su cabeza el agua fría del bautismo. Sólo presagios. Sombríos presagios.

Cuando amanece el 22 de agosto de 1936, ya bajo el amenazante calor del verano de las tierras mineras, Domingo cae fusilado ante las puertas de la iglesia. Qué lugar para que las balas entren en un corazón. “Los hombres se matan cara a cara”, cuentan que dijo cuando, ya frente al pelotón, quisieron vendarle los ojos. Quiso mirar a sus asesinos de frente, contemplar la llegada de la muerte. Ver su final. Y quienes en aquel terrible momento pasaban, fueron obligados a contemplar la ejecución. El primer fusilado de La Zarza. Cerca de dos centenares hubo en las tierras de Calañías.

Murió sin saber que su mujer, embarazada, le daría una hija. La que nunca conoció, la que lleva su nombre, la que ahora, con 84 años, posa en una foto en la oscuridad entre los bancos de la misma iglesia en la que su padre...

Pero hay una luz para esa anciana. La del farol con el que su madre atravesaba el campo cada noche para ir a verla cuando era niña y vivían separadas. Esa luz amarilla del farol, como una mimosa encendida, que titila en el camino de las casas de los ingleses, esa luz que no se apaga, no se apaga...

DOMINGA APARICIO MÁRQUEZ, 84 años
MARÍA CLAUSS
Papel Hanemhülle Ultrasmooth/Dibond
130 x 86,5 cm







EDUARDO MOLINA MARTOS

NO SER Y SER

Eduardo Molina Martos.

No ha sido hasta el 12 de diciembre del año 2019 cuando la Ministra de Justicia de España, Dolores Delgado García, expidió a favor de Eduardo Molina Martos la Declaración de Reparación y Reconocimiento personal, estando acreditado que el que fuera alcalde socialista de Palos de la Frontera “padeció persecución y violencia durante la guerra civil por razones políticas e ideológicas, siendo ejecutado extrajudicialmente, el 13 de agosto de 1936, en lo que se denominó aplicación de Bando de Guerra”.

Hasta entonces, un fantasma. Sin pertenecer al mundo de los vivos ni al de los muertos.

Cien años antes de esa tan tardía reparación, procedente de Los Villares (Jaén), tierras de olivar, llegó a la marinera localidad de Palos de la Frontera quien, tras el triunfo del Frente Popular, estaba llamado a ser alcalde de esta población onubense, en la que abrió una zapatería y fue nombrado teniente de alcalde en 1927, cargo del que pronto dimitió. Su compromiso social queda patente cuando, ya al frente del Consistorio Palermo, solicita al ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, un edificio destinado a ser escuela y el material preciso para impartir clases, o cuando el 20 de abril de 1936, a propuesta suya, el Pleno Municipal acuerda que los fondos dedicados a las fiestas patronales de san Jorge fueran repartidos entre las familias de obreros y jornaleros que atravesaban una muy difícil situación económica.

Al producirse la sublevación que acabaría llevando al general Franco al poder, Eduardo Molina Martos, como presidente del Comité de Defensa de Palos, deja al margen posicionamientos políticos diferentes, cuando no contrarios, a los suyos para regir su conducta por valores humanitarios, así, activistas de derechas, frailes y el prior fueron custodiados en la cárcel por milicianos para impedir que sufrieran cualquier tipo de agresión por parte de grupos radicales. No correría él la misma suerte, tras el triunfo golpista, el alcalde se ve obligado a ocultarse en un lugar tras otro. Hasta que el 13 de agosto de 1936 es fusilado en La Goleta, cerca de La Rábida. No está solo. Junto a él caen abatidos 29 vecinos de Palos. Tenía Eduardo 38 años, dejaba viuda, Ana Marcos Toledano, y cinco hijos menores de edad.

A partir de aquí, todo es un sinsentido (¿no los igualmente lo anterior?). Un grotesco esperpento. Llevaba cinco años muerto cuando comienza un procedimiento contra él promovido por el Tribunal Regional de Responsabilidades Políticas. Un doloroso esperpento. Siete años, cuando... “para que comparezca en el término de cinco días bajo apercibimiento que de no efectuarlo le esperan los perjuicios a que haya lugar y seguirá el curso del expediente sin más citarle ni oírle”, es convocado con estas palabras por el juez de Primera Instrucción del vecino pueblo que vio nacer al poeta Juan Ramón Jiménez. Y ocho, cuando Ana Martos Toledano es citada como si aún estuviese vivo su marido. Un esperpento cruel. Muerto y vivo. No ser y ser.

Eduardo Molina Martos, no inscrito como fallecido, ha permanecido durante un siglo en un limbo tan absurdo como mortificante, un vacío poblado por todos los fantasmas de las guerras.

Juan Cobos Wilkins

MARÍA MOLINA MARTOS, 91 años
MARÍA CLAUSS
Papel Hanemhülle Ultrasmooth/Dibond
95 x 63,4 cm





JOSÉ PONCE BERNAL

EL PAJARITO DE PAPEL DE PERIÓDICO

José Ponce Bernal

El azar juega en un damero extraño, porque... qué rara casualidad es la que hace que me encuentre a la altura del busto erigido en memoria de José Bernal Ponce, a la entrada del Centro de la Comunicación Jesús Hermida, ya cerca del impresionante muelle de la RTC, que esté allí cuando veo la foto en blanco y negro de este periodista (también, en color, la de su hija, Felicidad Ponce) apresado en Viator (Almería) el 30 de marzo de 1939, puesto en libertad y vuelto a detener hasta morir en un hospital madrileño el 5 de septiembre de 1940 a causa de los golpes recibidos durante los brutales interrogatorios. Además, me hallo próximo al Nuevo Estadio Colombino y recuerdo que Bernal Ponce empezó como cronista deportivo, de 1917 a 1920, firmando con el seudónimo Blanqui-Azul. No sé cómo interpretar las coincidencias. O sí. Sentido tienen.

Lo que se me revela y comprendo es que más que detallar sus trabajos en el diario La Provincia, su cargo de redactor jefe en el Diario de Huelva, de vicepresidente de la Asociación de la Prensa de Huelva o de presidente provincial y vicepresidente regional del Partido Republicano Democrático, ser corresponsal de guerra en el Frente Sur para Claridad (perteneciente a UGT), más que entrar en ese amplio y fértil ámbito de su biografía, lo que deseo es reparar en esa foto de su hija, Felicidad, de 93 años, en la que ella mira la luz entrando por una ventana enrejada, no hay desgarró en la imagen, sí el sedimento de una profunda pena y hay también una melancólica serenidad, la vista no está baja, no, los ojos se alzan hacia la luz que es más poderosa que los barrotes de una celda. Felicidad porta un canastillo, de nuevo el azar juega sus cartas porque en unos días hablaré sobre Miguel Hernández y recuerdo la lechera -la he tenido en mis manos- en la que el poeta de Orihuela escondía dibujos, palabras, versos, así salían de la cárcel para su hijo y esposa. Ese canastillo de mimbre trenzado que, con amor, sostiene la anciana hija de José Ponce Bernal podría atesorar, (porque un tesoro son) las postales dibujadas por él y enviadas desde la prisión de Almería. En una de ellas contaba la historia de un pajarillo al que bautizó como Píopío, un pajarito que llegó a la cárcel herido, al que los presos cuidaron para que pudiese cumplir su sueño de regresar el nido con su familia. Bien podría tener alas de papel de periódico. Ahora, puedo ver que el humilde cofre del tesoro se abre y de él surge un ave que despliega sus alas, gira en torno a la celda y, luego, atraviesa la reja. Vuela. Quizás va a contarle lo que aún no se ha contado del periodista preso a otra periodista, su nieta, otra Felicidad.

Juan Cobos Wilkins

FELICIDAD PONCE BUENO, 93 años
MARÍA CLAUSS
Papel Hanemhülle Ultrasmooth/Dibond
95 x 63,4 cm







ONOFRE MARÍN PERNIL

UN ATAÚD SOBRE UN BURRO

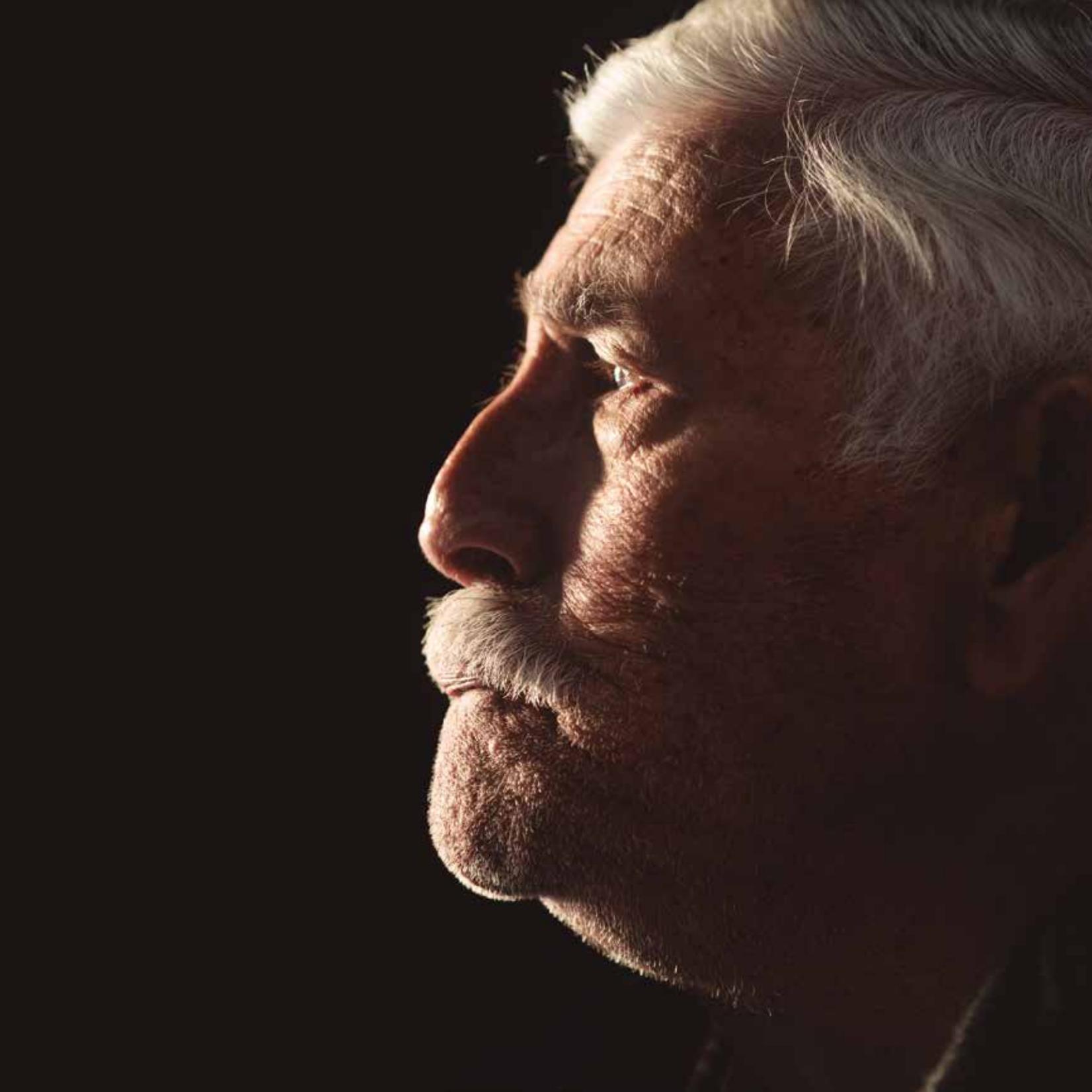
Onofre Marín Pernil

La imagen que se adhiere a la retina, que se ancla al corazón, la imagen que con un buril candente se me queda grabada en la memoria es esta: dos mujeres cargan un ataúd sobre un asno y recorren los alrededores de su pueblo en busca de un cuerpo fusilado. Es lo que obsesivamente se repite en mi mente, lo que aflora bajo mis párpados cerrados una y otra vez, una procesión constante, interminable...No hay color en esa escena ni en el paisaje. Sólo grises, negros, algo blancuzco como una niebla sucia..., como una antigua película muda, pero con un grito interior de acallado dolor. El dolor silencioso, el dolor silenciado. Las mujeres caminan, el animal camina con el peso de su pobre ataúd traqueteante. Es noviembre. Hace frío. El cielo está cubierto, puede que comience a llover. De pronto, sobre el gris de la escena, como una vena rota, entra en color rojo. Han llegado a las orillas del río Tinto.

La más joven, de 33 años, es la mujer del hombre que buscan, Onofre Marín Pernil; la otra es su madre. Madre buscando a su hijo, esposa buscando a su marido. Ambas por los caminos con un ataúd para enterrarlo. A Onofre, natural de Nerva, albañil, empleado de la Rio Tinto Company, lo sacó la Guardia Civil de su casa el 25 de noviembre de 1936 y no volvió a pisarla. Los dos días siguientes a su detención, esa mujer que ahora adelanta a su suegra y echa a correr hacia unas rocas con matas de brezos porque le ha parecido entrever algo allí, esa mujer, su esposa, le ha llevado el desayuno y en el termo, escondida, hay una nota para él. Ha podido hacerlo dos días; el 28 él ya no estaba.

Onofre Marín Pernil, republicano, hijo de concejal republicano, hombre culto, dejó tres hijos, de 5, 6, y 8 años. La familia subsistió mediante el auxilio social hasta que exigieron a la viuda su firma validando que la muerte de su esposo había sido por causa natural, su negativa conllevó la retirada de aquella ayuda. Con los dos hijos menores, marchó a Sevilla para emplearse como sirvienta. En 1946, Antonio, el hijo mayor, que quedó en Nerva, partió también a Sevilla y trabajó en la colonia penitenciaria militarizada. Antonio recuerda que su tío Ezequiel murió en el frente de Madrid. Antonio recuerda que a su vecina Manolita le raparon el pelo, la obligaron a beber aceite de ricino y, luego, la subieron a un burro y la pasearon por el pueblo, era el castigo por haber bordado una bandera republicana. Antonio recuerda un tiempo de miserias, sarna, tuberculosis, hambre, hambre. Y en sus memorias, "Triste historia", recuerda los nombres de 640 mujeres y hombres fusilados sin juicio.

Juan Cobos Wilkins





ANTONIO MARÍN MOLINA, 93 años
MARÍA CLAUSS
Papel Hanemhülle Ultrasmooth/Dibond
95 x 63,4 cm



RODRIGO MIGUELA DURAN

EL AJENO A LA LUZ

Rodrigo Miguela Durán

Oscuridad.
Silencio.
Enterrados en vida.

¿Cuándo oí hablar por primera vez de los “topos”? Quizás más que escuchar esa palabra, la leí, algún artículo, reportaje, novela..., no sé, dudo. Lo que sí tengo viva es la impresión que me produjo saber que hubo - quizás, entonces, los había aún- personas que por su pensamiento, sus ideas diferentes a las impuestas a sangre y fuego tuvieron que esconderse y pasar meses, años, lustros, decenios..., ocultas, escondidas por familiares o amigos en algún rincón secreto de las casas. Un hueco abierto en la pared y tapado por un mueble. O en el suelo. Como si fuesen apestados, seres terribles que no debían ser vistos. Apartados de la luz, ajenos al sol, sordos a los ruidos de la vida, a la canción de una mujer o un hombre mientras prepara la comida, la risa o el llanto de niños, la música de la banda del pueblo, el pregón de un vendedor callejero, la flauta del afinador... Únicamente, tal vez, recibir por unos breves momentos la claridad fría de la luna. No ver. No oír. No hablar. Vivir con miedo para sobrevivir.

Es el caso de Rodrigo Miguela Durán. Así transcurría el tiempo para él. ¿Transcurría o estaba detenido, yerto? El día igual a la noche. La noche nacida de sí misma, la noche prologándose sin fin como una culebra ciega que se muerde la cola. Rodrigo, nacido en Puebla de Guzmán, fue un topo.

Más de medio año en una disimulada alacena que se comunicaba con un pajar. En la casa de una tía materna. Allí fueron a buscarlo. Y, entonces, peor que el silencio: inquietantes ruidos de voces, escalofriantes ruidos de pasos. El pánico de ser descubierto. No lo hallaron. Huyó.

Cinco años en el hueco de las escaleras del zaquizamí de la casa familiar. Durante ese interminable tiempo murió su padre. Él seguía encerrado. Durante ese interminable tiempo murió su madre. Él seguía encerrado.

La asfixia.
El dolor reprimido.
La angustia.

El ajeno a la luz finalmente se personó en el cuartel de la Benemérita. De nuevo: su sino, el encierro. Ocho meses de prisión. Y al quedar “libre”, la prohibición de abandonar el pueblo.

En la fotografía, uno de sus seis hijos, José Miguela, de 70 años, mira el exterior desde detrás del cristal de una ventana. Afuera, colgada de la pared, hay una jaula. Una jaula simbólicamente vacía.

Juan Cobos Wilkins



JOSÉ MIGUELA LIMÓN, 70 años
MARÍA CLAUSS
Papel Hanemhülle Ultrasmooth/Dibond
95 x 63,4 cm



ANTONIO RODRÍGUEZ SOLTERO

Manuel posa rígido como una piedra junto a su hermano Juan (de pie), a escasos metros de la fosa de Hinojos donde se cree que está enterrado el cuerpo de su padre, Antonio Rodríguez Soltero, junto a la capilla del Cristo del Perdón -qué paradójica advocación cristiana para un lugar así- del cementerio municipal.

La zona se reservaba antaño a quienes no recibían sepultura cristiana.

Allí fueron a parar sus restos, según los testimonios orales, como los de otros once almonteños y una mujer, Francisca Cabrera Rodríguez, “Frasquita La Charamusca”, poco después de que la temible Columna Carranza hiciera su entrada en Almonte.

Fue un caluroso 25 de Julio de 1936, el mismo día que los rebeldes -Guardia Civil, Ejército y Falange- tomaron por la tarde el pueblo, uno de los primeros de la provincia onubense en ser ocupados y donde la resistencia resultó ínfima. La toma se solventó tras una fugaz lucha callejera.

La mirada de Manuel, encendida y rocosa, traza una línea diagonal que, de seguirla, saldría del encuadre y se diría que llega directa al cielo, ardiendo como la cola de un cometa.

Tal vez, tras el instante mismo en el que el objetivo capta el rictus -remarcado por unos labios cosidos hacia abajo-, Manuel deje de contener la respiración y libere un soplo de aire de la boca:

un suspiro.

Eso es lo que les trajeron los Reyes Magos a él y a sus cinco hermanos desde entonces, los suspiros de una madre enviudada con un buen puñado de criaturas a su cargo:

- En casa, venían los Reyes y lo que nos echaban eran suspiros. Mi madre, suspirando. Mi abuela, suspirando... Ambas se murieron suspirando. Era Isabel Castilla Cabrera, una mujer que encarnó en vida la doble represión que tuvieron que afrontar, después, las viudas de los asesinados.

Además de convivir -si es que esto se llega a aprender- con la abrupta pérdida, a Isabel le tocó asumir el papel que tenían reservado la mayoría de hombres: el sostenimiento económico de la familia y el hogar.

A una mujer se le puede arrebatar el amor de la noche a la mañana, pero no la dignidad.

Por eso, aunque la amenazaran con llevarse a sus hijos a la guerra si no firmaba un documento en el que aceptaba la falacia de que su marido había “desaparecido” o muerto “en combate”, no lo rubricó. Y así perdió cualquier tipo de ayuda de orfandad.

“Al menos, moriremos libres”, argüía ella.



Puede que hambrientos, sí, pero honrados...
e intacta la memoria.

Con ayuda de sus padres, Isabel tuvo que criar a sus pequeños haciendo trabajos inimaginables como viajar a Sevilla a por telas para su posterior venta en Almonte, una de las mil maneras con las que se las ingenió para ganar unas perras y alimentar seis bocas, seis, en casa.

Pero la represión, que tiene tentáculos oblongos e incansables para las víctimas, no quedó ahí. Como invisible estigma, los hijos también heredaron de su padre -ya bajo tierra- el deshonor del rojo, la humillación del señalado, el linchamiento cotidiano al vástago.

Era el bullying de la época, alimentado por adultos que, como perros rabiosos, pretendían seguir dando lecciones que nunca olvidaran los niños huérfanos de padres de izquierdas.

Por eso el maestro les miraba con desprecio y les discriminaba como a apestados en los últimos pupitres del aula; por eso el cura, cuando Manuel iba al Catecismo -esa norma reconvertida por el Régimen y al servicio macabro de los vencedores-, no dejaba pasar la ocasión para endiñarle con el lápiz-regla sí o sí el hombre de Dios, bajo la pecaminosa excusa de que no era buen estudiante.

Siempre hay un cura que actúa como el Demonio mismo en este tipo de frágiles devenires...

Ahora, apoyado en un taburete junto a su hermano, a Manuel también le sostienen recuerdos que, sin embargo, van apagándose con la edad, como cuando su padre se quitó su propia chaqueta para regalarla a un hombre que llamó a la puerta de su casa pidiendo abrigo.

Eso aún lo tiene presente.

“El daño que cometió era ayudar a quien podía y no opinar lo mismo que los golpistas”,
rememora ya nonagenario.

Pensar diferente a quienes reventaron las reglas...

...la condena que ya venía de fábrica.

(Antonio Rodríguez Soltero era agricultor. Tras la entrada de las tropas rebeldes en Almonte, fueron a detenerlo y, según el testimonio familiar, el alcalde -con quien tenía amistad- intermedió para su liberación.

No sucedió lo mismo la segunda vez que fueron a por él.

Forma parte de las víctimas almonteñas trasladadas al cercano pueblo de Hinojos y asesinadas en diferentes fusilamientos extendidos a lo largo de varios días.

El suyo pudo ser el primero, junto al de Juan Martín Camacho, el 2 de septiembre de 1936)



JUAN Y MANUEL RODRIGUEZ CASTILLA, 94 y 90 años
MARÍA CLAUSS
Papel Hanemhülle Ultrasmooth/Dibond
95 x 63,4 cm



DE P.A.
D. JUAN A. CONTRAZ DE JARANO
N. 20 DE JUNIO DE 1909
MUELLO Y JUANITA
MURO EN SU VIDA Y EN SU
FUERA DE SU VIDA
EN SU VIDA

DE P.A.
D. ROSA CONDO GONZALEZ
FALLECIO EN
A LOS 53 AÑOS
RECUERDO DE
SU HIJO

D. FELIX
MONTAÑO ALFARO
N. 10 DE JUNIO DE 1909
A LOS 77 AÑOS
EN SU VIDA Y EN SU FUERA DE SU VIDA

DE P.A.
D. JUAN A. CONTRAZ DE JARANO
N. 20 DE JUNIO DE 1909
MUELLO Y JUANITA
MURO EN SU VIDA Y EN SU
FUERA DE SU VIDA
EN SU VIDA

DE P.A.
D. ROSA CONDO GONZALEZ
FALLECIO EN
A LOS 53 AÑOS
RECUERDO DE
SU HIJO

ATANASIO ESTEBAN MARTÍN CABEZAS

Ella supo que había muerto nada más oír los disparos, poco después de medianoche. Como tantas mujeres a las que les mataron el marido, Salomé no tuvo dudas desde ese preciso instante.

Lo supo y punto.

(La intuición femenina de las víctimas).

Aquella noche, los niños aún estaban despiertos por expreso deseo de Atanasio, que prometió volver pronto:

- No los acuestes, que quiero estar un ratito con ellos.

Fue justo antes de acudir a firmar un salvoconducto, según le había indicado su jefe, para poder seguir trabajando en la corchera de Higuera de la Sierra, donde vivían a pesar de haber nacido él en Valdezufre.

Atanasio cumplió:

fue a casa, se lavó, se vistió de limpio y tomó café.

- No tardes mucho para la cena-, le solicitó ella.

Y él, que no sabía leer ni escribir, le dijo que tranquila, que cómo iba a tardar si lo único que iba a hacer era estampar su huella dactilar sobre un papel.

Pero tardó...

Había vuelto antes porque se olvidó en casa el mechero pero, aquella segunda vez,

tardó...

Tardó tanto que Salomé fue a buscarle al ayuntamiento. Y allí se quedó esperando como una tonta hasta que un guardia civil amigo de la familia se acercó para aconsejarle. Serían las once de la noche:

-Vete a casa con los niños.

Y sonaron.

Sonaron los disparos poco después y ella, en ese momento exacto...

lo supo.

Y, aún sabiéndolo, a la mañana siguiente mandó a su Agapito, que ya tenía once años, a llevarle el desayuno a su padre. Pero no pudo dárselo.



Ella lo sabía.

Le dijeron al niño que su padre ya había tomado el café “bien temprano”. Y lo mandaron de vuelta a casa.

Esa noche anterior, las balas de los fusiles tumbaron a cuatro vecinos más del pueblo. Desde la entrada en el pueblo de la Columna Redondo el 15 de agosto -hora y media fue el tiempo que tardó Higuera en caer-, las misas y los fusilamientos se alternaban, las primeras en la plaza del pueblo; los segundos en la carretera y en las puertas del cementerio.

Por eso Salomé -sin saberlo- sabía que su Atanasio era uno de ellos.

Era el 1 de septiembre, aunque el eco de los tiros se prolongaría varias semanas más.

Agapito no se quedó tranquilo y acudió al camposanto junto a su prima, a la que también le habían fusilado a su padre. Al llegar, escondidos, vieron varios cadáveres y el crío reconoció al momento los calcetines y las alpargatas de Atanasio:

-¡Ese es mi padre!, vociferó.

Y el jaleo llamó la atención del hombre que cavaba la fosa, que los terminó echando del cementerio.

Agapito llegó a casa y le reveló a Salomé que había identificado el cuerpo inerte de su padre.

Pero ella ya lo sabía.

(Más de ochenta años después, Valeriana -en la imagen-, acudió al mismo lugar en el que su hermano Agapito reconoció de niño el cadáver de su padre, de 46 años de edad.

Por alguna razón, mientras abrían en el viejo cementerio la fosa, ante ella y con los ojos clavados en las tareas de exhumación, sintió que el que estaba “más arriba” era su padre.

Otra vez la intuición femenina de las víctimas que, como un cordón umbilical invisible, conecta generaciones de represaliados.

El objetivo primero de la exhumación de Higuera era dar con las 16 mujeres de Zufre, fusiladas en noviembre de 1936. No se logró dar con sus restos aunque sí con otros veinte cuerpos de represaliados -16 hombres y una mujer- con impactos de proyectiles, fracturas y signos de violencia. Las víctimas habían sido atadas con alambres y espinas. Según la memoria científica de los trabajos, se trata, en todos los casos, de inhumaciones clandestinas en las que los verdugos no dejaron constancia de la ubicación de las mismas.

El único cuerpo que pudo identificarse fue el del padre de Valeriana.

Cuando le entregaron sus restos el 15 de mayo de 2021, Valeriana pudo cumplir su sueño y el de todos sus hermanos: enterrar a su padre junto a su madre -y uno de sus hermanos- en el mismo espacio que ya tiene reservado para ella misma, para cuando llegue su hora.

Su madre, Salomé Barrero Ruiz, nunca se volvió a casar. Tuvo que trabajar desde el día siguiente de la pérdida para mantener a su madre y a sus cinco hijos: Francisco, Agapito, Lola, Valeriana y Atanasio.

Valeriana conserva a sus 91 años una única foto de su padre. En ella figura junto a más empleados en la finca serrana donde extraía el corcho.

El humo de un cigarro le impide ver con nitidez su rostro).

VALERIANA MARTÍN BARRERO, 91 años
MARÍA CLAUSS
Papel Hanemhülle Ultrasmooth/Dibond
95 x 63,4 cm







JUAN GARCÍA CORBACHO

Giremos por una vez el visor y pongamos el foco en ella:

Joaquina Rivera Valencia, la municipala.

Lo haremos así para que el espectador -al observar la imagen contigua- tenga bien presente en su masculino protagonista que la Represión de Género, menos ruidosa, hizo similares estragos en él y que, aunque los muertos son muertos y no tuvieron más opción, hubo a quienes lograron matar en vida, que en vida fueron, como dice Juan García, el hijo de la municipala, “una mártir”.

Bien lo explica Juan, -éste sí el de la fotografía- cuya sombra se alarga sobre un campo recién arado partiéndolo en dos, como si de una vía de tren se tratara.

Fue en una de esos enlaces ferroviarios, el que unía Almonte y Sevilla, donde Joaquina halló vereda. Necesidad obligaba, cierto es. Pero eso no resta mérito ni un ápice de coraje al arriesgado estraperlo, práctica de desharrapados de la época y a la que se dedicó en vida para seguir viva ella y, por ende...

vivos los suyos.

Porque a la municipala, además de asesinarle al marido, le incautaron todos sus bienes. Sin un disparo entre ceja y ceja, de acuerdo, pero muerta -o casi, veremos- en vida.

Rebobinemos.

La vivienda de Juan García Corbacho, su marido, acogía en su planta superior la Casa del Pueblo en Rociana del Condado. El mismo día del Golpe Militar huyó al campo desde Almonte y llegó, atravesando la provincia, hasta Encinasola, donde la Columna Salazar cerraba el paso. A los tres días de su detención fue conducido de madrugada hasta la salida de Villalba del Alcor, donde fue fusilado según testigos presenciales el 15 de agosto. Tenía 42 años.

Así que Joaquina se metió en un tren de carbonilla y emprendió ruta junto a uno de sus huerfanitos, Juan, a quien ella ocultaba bajo la madera de los bancos o escondían bajo sus piernas otras mujeres estraperlistas. Al llegar a la ciudad, dejaba al crío con una abuela asentada en Sevilla hasta que la municipala, ya cargada de harina, de café, de tabaco, recogía al crío y ambos tomaban el camino de vuelta.

De regreso al pueblo, cobijados bajo el manto de la nocturnidad, Juan veía cómo su madre lanzaba por la ventana los cartones y paquetes justo donde la esperaban sus hijos mayores, a pie de traviesa. En la puerta de su casa, los vecinos del pueblo se agolpaban para comprarle el género procedente de Sevilla



No siempre rentaron aquellos viajes. Cuando era descubierta, alegaba que todo aquello que transportaba no era de su propiedad. Aunque no siempre tuvo fortuna. Fue cuando la municipal no pudo hacer frente a una multa impuesta y la condujeron a un “pabellón” repleto de mujeres, ubicado en la calle San José de Huelva. Al igual que en aquellos arriesgados viajes en tren, el pequeño Juan estuvo con ella, rodeado de mujeres que le mimaban bajo la protección que da una veintena de madres, además de la suya propia.

La infancia, pues, también mamó del pecho vapuleado de la Represión.

Pero hay más.

El nombre de pila de Juan es, en realidad, el de su hermano Juan García Rivera. Se lo cambió en recuerdo suyo. A veces, algo tan vacuo como rebautizarte a ti mismo refuerza la presencia de los muertos añorados, de los que te faltan. Los revive. El verdadero Juan amaba la literatura, leía a Lorca y a Miguel Hernández y militaba en las Juventudes Socialistas. Fue delatado por el chófer del vehículo en el que viajaba junto a más compañeros para hacer frente a la Columna Carranza a su llegada a Almonte, antes de la entrada de las tropas rebeldes en Rociana. La Guardia Civil les estaba esperando. Una encerrona más de tantas que se fraguaron sibilinamente en aquellos días convulsos. Tenía 17 años. Nunca más supieron de él aunque creen que pasó por el barco prisión Cabo Carvoeiro, anclado en las cálidas aguas del Guadalquivir.

Es decir... que la municipal perdió a su marido y a un hijo de una tacada.

Pero hay más.

Su padre era Jose Joaquín Rivera Ramos, el “boeguilla”. Tenía 58 años y había estado en la Guerra de Marruecos, de Cuba y de Filipinas. Municipal y guarda rural (de ahí el apodo de Joaquina) fue concejal socialista en el Ayuntamiento de Rociana. Le sorprendieron el 16 de agosto de 1936 en su finca “Las Clavellinas”, en Almonte. Fueron dándole palos durante seis kilómetros hasta su llegada a Rociana, donde fue encerrado en un colegio que hizo las veces de calabozo, junto al padre del insigne escritor rociano Odón Betanzos. Según algunos testimonios, le separaron la cabeza del cuerpo disparándole al cuello con una escopeta de dos cañones. Era el 19 o el 20 de agosto. Su cuerpo yace aún junto a una cuneta.

Es decir... que a la municipal le mataron al padre, al marido y a un hijo.

Tres pérdidas, tres. Tres ramas arrancadas de cuajo del árbol genealógico.

Y, por si acaso, la desprendieron de sus posesiones.

Y la mataron en vida.

(Rociana del Condado, tomada el 27 de julio de 1936, sufrió una represión extrema y destacó por la brutalidad de las acciones represivas. Los vencedores se ensañaron con los vencidos. Según los testimonios orales recopilados y documentos oficiales, el número de víctimas a posteriori supera los 160 casos.

En su libro “La Guerra Civil en Huelva”, Francisco Espinosa cita lo sucedido en Rociana como “parte integral de la ideología fascista”, una represión “selectiva, metódica y planificada en la que intervienen todas las instancias de poder”.

El caso de la Maestra Herrera resulta paradigmático: fue vestida con una túnica, atada a un animal de tiro y paseada y arrastrada por las calles del pueblo sufriendo todo tipo de humillaciones hasta ser fusilada.

El padre de Juan regentaba un negocio de destilación de eucalipto con varios trabajadores a su cargo. Se cree que su cuerpo está enterrado en una fosa común de La Palma del Condado, cerca de la estación de ferrocarril.

Juan, a sus 87 años, siempre se ha sentido señalado en el pueblo por ser “hijo de rojo”).

Rafael Adamuz Santos

JUAN GARCÍA RIVERA, 87 años
MARÍA CLAUSS
Papel Hanemhülle Ultrasmooth/Dibond
130 x 86,5 cm





POLICARPO RODRÍGUEZ REQUEJO

Entierra más el olvido que las paladas de un sepulturero.

Policarpo perdió su vida y, después de muerto, su nombre.

Es una de las retorcidas carambolas que la Represión tenía reservada para buena parte de sus víctimas: la de despojarles de toda identidad y convertirlos sine die en fantasmas.

Hasta que les encuentran.

El destino de Policarpo ya estaba marcado desde que marchó de la pávula aldea de Sotogrande (Ourense) hasta Riotinto para hallar trabajo en su todopoderosa compañía minera, la Riotinto Company Limited.

“Non me deixes, meu fillo”, le rogarían sus padres, Inocencio y Ludivina, al verle partir.

Mas él -junto a su hermano Marcelino- cruzó a pie la Península cual peregrino de Santiago a la inversa en busca del fulgor que prometía la explotación inglesa en tierras andaluzas, imán de mano de obra nacional.

No llegaron los hermanos a un lugar cualquiera, epicentro de una de las respuestas más rápidas y contundentes al Golpe de Estado de 1936.

Los mineros onubenses, alentados por líderes políticos y sindicales, partieron en caravana hasta Sevilla para combatir a los rebeldes, asentados en la capital hispalense.

El resto de la historia, por fortuna y tras décadas tergiversada, ya se conoce: aquella columna civil, a la que debía unirse otra de Guardias Civiles y de Asalto, fue traicionada por el siniestro comandante Gregorio Haro Lumbres en la cuesta de La Pañoleta (Camas), a las puertas de la ciudad.

La masacre de ametralladoras y sorpresivas explosiones dejó sesenta y ocho capturados -posteriormente fusilados, menos uno- y nueve fallecidos ipso facto.

Es aquí -en pleno final de una vida- cuando el destino, de nuevo, preparó una trampa a Policarpo, supuestamente uno de los cuatro cuerpos que no pudieron identificar entonces.

Y es -a partir de este momento y en este orden- cuando la tensión bélica, el desprecio de la Dictadura y el silencio pactado y la indiferencia posteriores actuaron más de sedimento que el propio subsuelo de la fosa donde acabó el cadáver de Policarpo y tres desconocidos más.



La Memoria Histórica, más que nunca, convertida en un ovillo imposible de desenmarañar.

El ataúd anónimo de los cuatro de Camas estuvo perdido exactamente ochenta años hasta que un grupo de hombres y mujeres tomó las riendas del destino y dio un rotundo golpe de timón a su devenir.

No caben aquí todos los nombres que lo hicieron posible y sería injusto no reflejarlos todos aunque quien ha de saberlos, lo sabe -o lo supo en vida-.

Buscaron, buscaron y buscaron hasta que dieron con las tumbas y sus huesos, cobijados los nueve en féretros de madera: cinco de ellos identificados en origen, cuatro aún desconocidos.

Una investigación posterior terminó de ponerles nombre: además de Policarpo, los de Bernardino Díaz Vázquez, Ricardo Caballero Calleja y Felipe Jara Maya, todos integrantes de la llamada Columna Minera.

Todos, fantasmas que -ésta vez sí- regresaron.

(Policarpo tuvo dos hijos: Honorio y Ludivina -en la imagen-.

Ella tenía ocho meses cuando perdió a su padre.

Nunca le conoció ni vio foto de él aunque se lo imaginaba “delgado” y “guapito”.

Murió tras la exhumación, honras fúnebres y entierro de los restos en Camas).

LUDIVINA RODRÍGUEZ MARÍN, 87 años
MARÍA CLAUSS
Papel Hanemhülle Ultrasmooth/Dibond
86,5 x 130 cm



LUIS ROMERO DE LA OSA NOGALES

El exilio salvó vidas -como la de Luis Romero de la Osa Nogales- pero también las cercenó:

arrebató bienes, arrancó de cuajo raíces familiares y mutó paisajes...

... que son otras formas de morir.

Escapas para que no te maten, pero algo muere dentro de ti.

Y de los tuyos.

Es el caso de Olga y Marisa Romero, sus hijas (las de la foto), que nacieron ya exiliadas -una contra natura más de la Represión-, en un lugar remoto y a las antípodas de su abolengo.

No un lugar mejor ni peor -o sí-, pero otro lugar.

El suyo fue Argel, el territorio en el que se terminó estableciendo el cabeza de familia tras un periplo de años y donde, como una pertinaz maldición, vivió una segunda guerra, ésta de independencia de una Francia antañóna colonizadora que perdía conquistas.

Parecía Luis destinado al trasunto bélico, tras militar en UGT, en las Juventudes Socialistas de Aracena, de las que llegó a ser secretario, e incorporarse al Ejército Republicano nada más regresar del Servicio Militar y producirse el Golpe de Estado de 1936.

No le pasó de refilón.

Con una Huelva tomada y convertida en fatal escenario de la práctica represiva, participó en las defensas de Madrid, y de Levante, en Castellón, donde una metralla le amputó la mano izquierda.

A la que sería después su mujer la conoció, de hecho, en un hospital de Alcoy (Alicante), mientras estaba convaleciente.

Historias de amor y guerra...

El amor siembra semillas en páramos insospechados.

A pesar de un ofrecimiento para continuar ella como enfermera, lo declinó.

Él huyó. Se cartearon.

Después ella se marcharía también, con él.

A finales de marzo de 1939, con el Franquismo a punto de asestar el golpe final al país, Luis logró embarcar en Alicante en el último buque, el "Stanbrook", camino de Orán (Argelia). Llegó a finales de marzo de 1939.



Allí fue conducido a un campo “de trabajo” pero la secuela del impacto en la contienda le impidió trabajar así que, al salir de aquella jaula para huir del horror, se puso a fabricar alpargatas con una sola mano, que él mismo vendía.

Se hospedaron junto a más españoles a las afueras de la capital argelina, en unas casas que allí llamaban “barracas”.

En la denominación va el grado lumpen.

Tras la independencia de Argelia, pudieron marchar a Francia gracias a una oferta de trabajo que Luis rechazó para regresar a Aracena en 1961 -con Franco en pleno apogeo-, donde regentó un bar junto a la Gruta de las Maravillas.

Falleció el 2 de mayo de 1995.

(Olga y Marisa Romero de la Osa tuvieron una infancia feliz en Argel.

Así lo sintieron ellas aunque ahora, con la distancia que otorga el transcurso del tiempo, encuentran matices:

falta de libertad, imposición de tabúes, el shock de una guerra...

Cuando regresaron a España, tenían 10 y 8 años respectivamente.

Sus padres les habían enseñado a leer y escribir en español.

A pesar de ello, se burlaban de ellas por su acento y su forma de vestir.

Pequeñas grandes secuelas, también, del exilio heredado.

OLGA Y MARISA ROMERO CHARDI, 68 y 66 años
MARÍA CLAUSS
Papel Hanemhülle Ultrasmooth/Dibond
95 x 63,4 cm





JOSÉ BERROCAL ARRAYÁS Y MANUEL BERROCAL LÓPEZ

Recreemos la escena imaginándonos protagonistas de ella:

Estamos a pie de cementerio y nos obligan a cavar nuestra propia tumba antes de que nuestros captores nos descerrajen un tiro.

Y nos obligan,

nos obligan a abrir la tierra,

nos obligan poco después de que hayan matado a nuestro propio padre y lanzado su cuerpo a una fosa parecida a la que comienza a cobrar forma ante nuestros ojos.

Es lo que vivió Manuel Berrocal López aunque, después, no recibiera el disparo final y fuera conducido a una prisión, donde pasó varios años.

Ambos, tanto él como su padre (José Berrocal Arrayás) habían sido condenados en Consejo de Guerra celebrado en Valverde del Camino por ayudar supuestamente a proteger a los huidos, considerado como delito de rebelión militar.

Eran los tiempos de la denominada “guerrilla”, centralizada sobre todo en la sierra onubense, al cobijo de una orografía propicia para el escondite y que dio más de un quebradero de cabeza a las autoridades y mandos instaurados.

Manuel tenía 17 años y fue detenido junto a su padre, que servía de “enlace” y albergó a fugitivos en el cortijo de su finca “El collado del abogado”.

Era una segunda ola represiva en la provincia onubense, en la que el Régimen impuesto tuvo que enfrentar la respuesta que dieron aquellos que escaparon, topes, guerrilleros, vecinos... o, sencillamente, ciudadanos que nunca comulgaron con los rebeldes o vivían temerosos de sus represalias.

José y Manuel, padre e hijo, compartieron estancia en prisión tanto en Valverde de Camino como en Huelva, adonde fueron trasladados...

... hasta que fueron separados para siempre.



(La provincia onubense sufrió una segunda oleada de asesinatos en el periodo comprendido entre agosto de 1937 e inicios de 1938. El descontrol de los huidos y la pujanza de sus ataques provocó un nuevo despliegue de fuerzas. Las batidas se sucedieron, al igual que los fusilamientos. Se estima que, en aquellos meses, fueron aniquiladas cerca de 600 personas.

José Berrocal tenía 55 años cuando fue fusilado en Huelva. En las cartas de despedida dirigidas, entre otros, a su mujer, Reposo López Mariano, le pide que no celebren misa tras su fallecimiento y que el dinero no empleado en el funeral lo destine a los pobres “más necesitados”.

Su hijo Manuel fue condenado a 20 años de prisión. Tras la ejecución de su padre, fue trasladado al campo de concentración del Bajo Guadalquivir, donde fue sometido a trabajos forzados en la construcción del conocido como “Canal de los presos”.

Tras ocho años recluido, pudo volver a Valverde del Camino, rehízo su vida y tuvo varios hijos, entre ellos Carmen).

CARMEN BERROCAL CARRASCO, 67 años
MARÍA CLAUSS
Papel Hanemhülle Ultrasmooth/Dibond
95 x 60 cm





IGNACIO BONAÑO GARCÍA

¿Y esa estampita?

¿Por qué la Virgen de la Soledad?

¿Quién, días antes de su muerte, le dijo “toma, para que confieses tus pecados”?

Las preguntas ya no tienen respuesta... No para Florentina, que a sus 89 años conserva en su casa el trozo de cartón como única herencia de su padre. Fue la última vez que lo vio. Entonces ella tenía tres. Se la entregó en mano él mismo, antes de ser fusilado, llevada la pequeña ante su padre gracias a la iniciativa de sus tías, hermanas del reo...

para que se despidiera de su única hija.

En la imagen sepia, una Madre atribulada sostiene entre sus brazos el cuerpo yacente de su Hijo: la Soledad. La mayor expresión cristiana de la pérdida consumada.

Como el dolor de Florentina... pero a la inversa.

A él, a Ignacio Bonaño García, que trabajaba como peón en el campo, lo fueron a recoger y lo hicieron preso en una de las casas de la vieja aldea de El Buitrón (Zalamea la Real), el pueblo de “los riscos” donde se venera, desde tiempos muy lejanos, la Cruz.

Ignacio, desde ese momento, ya llevaba la suya a cuestas.

Del motivo del apresamiento, en su caso particular, nada o poco ha trascendido hasta hoy, sólo que lo detuvieron junto a más aldeanos y lo condujeron hacia Valverde del Camino. Formó parte del grupo de buitroneros señalados por quienes se hicieron con el poder en la zona tras la resistencia y posterior toma de Valverde, alrededor de una veintena de ellos fusilados entre septiembre y octubre de 1936. Fueron acusados de organizar guardias y el reparto de comestibles, de secundar a las columnas mineras de Riotinto o de saquear la iglesia de la localidad.

A Ignacio, así como a otros paisanos, le tenían reservado otro final.

Eso sí lo sabe Florentina: su padre, antes de ser fusilado, estuvo realizando trabajos forzados en los riscos tintones de Valverde del Camino. La zona, llamada así por la enormidad de las piedras que se asientan sobre el terreno, fue el lugar elegido en 1937 para la construcción del colegio Grupo Escolar, en el que se empleó a prisioneros de guerra, entre ellos varios aldeanos de El Buitrón. Así lo estableció el Decreto de Mayo de 1937, a fin -supuestamente- de redimir sus penas.



Sin embargo, ese entorno valverdeño acogió también las obras de la actual Casa-cuartel de la Guardia Civil y, según algunos testimonios, también allí emplearon mano de obra de presidiarios buitroneros.

Dónde lo hizo Ignacio Bonaño García es un interrogante más que se suma a la ecuación memorialista. Y otro dato que ignora Florentina. Lo que no desconoce es la fecha de su muerte: el 3 de octubre de 1937. Tenía 29 años. Ni que antes fue torturado por no revelar el paradero de un compañero apresado que logró huir, temeroso de su destino. Él no escapó por temor a represalias hacia su mujer, María Jesús Hidalgo Bolaños, madre de Florentina, en la cárcel por portar una bandera republicana en una de las manifestaciones que varias aldeas organizaron para pedir la liberación de presos. Según Florentina, en un momento de la protesta, el alcalde le pidió a María Jesús que sujetara la bandera. Su madre estuvo en prisión tres años y un día.

Por el estado en que quedó su padre tras la paliza, casi no hizo falta darle el tiro de gracia.

Pero se lo dieron. Como al resto.

Ese mismo día fusilaron, al menos, a cinco buitroneros más, entre ellos al alcalde pedáneo, Hermenegildo Vázquez Martínez.

Todos fueron condenados por rebelión militar -aquel contradictorio delito que sirvió de comodín al fascismo- y muchos de ellos de participar en el saqueo de la iglesia y en la quema de imágenes y ornamentos. Así consta en uno de los Consejos de Guerra que proliferaron tras un año de ocupación y que se celebró en Valverde del Camino, donde se pueden leer acusaciones que van desde “romper la pila bautismal” hasta la de “entregar voluntariamente una escopeta de su propiedad para ayudar a la rebelión marxista”. En sólo 48 horas, se dictaron veinte penas de muerte.

No ha trascendido, en cambio, el de Ignacio Bonaño, un aldeano más que engrosó la lista negra de un Buitrón diezmado.

Florentina tampoco lo sabe. O, si lo supo algún día, no lo recuerda.

Lo que no olvida es la frase que una señora le dijo al verla llorar, cuando se llevaban presa a su madre:

-Llora, llora, que mucho te queda por llorar.

Como La Soledad de la estampita que le regaló su padre.

FLORENTINA BONAÑO HIDALGO, 89 años
MARÍA CLAUSS
Papel Hanemhülle Ultrasmooth/Dibond
95 x 60 cm



CATALINA CHAVES PACHECO

El fotógrafo disparó con su cámara y en el encuadre iba su condena...

Ella había asistido a aquella manifestación en Nerva, el pueblo demonizado por los golpistas que resistió el avance vertiginoso de sus tropas y quedó como bastión de una provincia acosada por varios flancos.

Por eso lo pagó caro Nerva. Y toda la comarca. Y sus gentes.

Y Catalina...

La operación fue diseñada desde Sevilla, una estrategia militar sin precedentes. La octavilla la firmó el mismísimo Gonzalo Queipo de Llano: "Tenemos varias columnas cercándoos materialmente [...]. Podéis salvar vuestras vidas si antes de 24 horas [...] entregáis rehenes en cantidad suficiente [...] que serán puestos en libertad tan pronto como dichas armas sean recogidas".

Con 18 años, había acudido a la protesta como tantos otros vecinos los días previos a la rendición. Como Nerva, Catalina había resistido, librándose de los efectos de las bombas indiscriminadas que dejaron muertos y heridos de toda condición y edad -una niña de seis meses, uno de diez-, sobre todo en la calle 7 de Agosto y en el Llano del Cine, y destrozos en edificios como el Círculo de la Unión y el teatro Reina Victoria.

Campofrío, Zalamea la Real, Salvochea... y Nerva. Todos cayeron y la población quedó expuesta a la mecánica represiva habitual, impulsada bajo el amplio paraguas del Bando de Guerra dictado por Queipo de Llano, que se cebó a conciencia con la comarca por su ideología, su génesis sindical y su clara resistencia.

Y Catalina fue una de sus víctimas.

Lo fue junto a -al menos- doscientos nervenses más. El dato es aproximado, basado en inscripciones de registros o reflejados en la Causa General. Pero las cifras, aún hoy, bailan. Según Francisco Espinosa, el número de víctimas podría multiplicarse "por tres, por cuatro...". Y sigue creciendo en la actualidad a golpe de apertura de fosa.

Muchos se resguardaron de los bombardeos. Otros, finalmente, huyeron despavoridos.

Catalina, no.



CATALINA RAMAYO PACHECO

Y la villa, desesperada y desamparada, se rindió formalmente a través de su alcalde, José Rodríguez González, “en evitación de más sangre”.

Bandera blanca...

...a cambio de evitar más muertos y garantizar -en teoría- la vida de quienes se quedaron.

Eran las dos de la madrugada del 26 de agosto de 1936.

Las diferentes columnas que asediaban el pueblo no tardaron en llegar.

Ese mismo día, o a las pocas horas, detuvieron a Catalina.

Había salido en aquella fotografía y fueron a casa de su tía a por ella. Su madre, Ana Pacheco, se encontraba en el campo cuando fue avisada de que se habían llevado a su hija en un camión. La habían apresado en casa de su tía. Visto y no visto. Ana corrió a buscar a un familiar guardia civil en busca de auxilio, que se trasladó hasta el cuartelillo.

Pero ya era tarde...

Allí le informaron de que se habían llevado a Catalina al cementerio. Su pariente acudió.

Pero ya era tarde...

Llegando, oyó disparos. Fue el sepulturero quien le confirmó que en la fosa donde acababa de echar tierra encima había “una chica” y “otros dos más”.

La chica, en efecto, era Catalina...

Los trabajos de exhumación en el cementerio de Nerva comenzaron en 2019. Desde entonces, la previsión en cuanto al número de cadáveres depositados en las distintas fosas se ha duplicado.

En este tiempo, algo ha llamado la atención del equipo de arqueólogos -Andrés Fernández a la cabeza- que trabaja sobre el terreno: el alto número de cuerpos de mujeres represaliadas. El número de restos pertenecientes a mujeres supone un 20 por ciento del total, una cifra muy superior a la media en Andalucía y España -entre un 3 y un 5 por ciento-.

Catalina tenía 18 años cuando fue fusilada.

En el momento de su muerte, podía llevar un anillo y una horquilla.

Sus restos esperan el resultado del cotejo del ADN.

Su hermana Ana, a sus 95 años, no ha acudido a ninguna manifestación hasta hoy por miedo).





JUANA RAMAYO PACHECO, 95 años
MARÍA CLAUSS
Papel Hanemhülle Ultrasmooth/Dibond
95 x 60 cm





DIPUTACIÓN DE HUELVA

María Eugenia Limón Bayo
Presidenta de la Excma. Diputación Provincial de Huelva

Juan Antonio García García
Vicepresidente de Cultura, Deportes y Gestión de Actividades

Salvador Gómez de los Ángeles
Portavoz del equipo de Gobierno
Diputado de Memoria Democrática, de Cooperación Internacional
y de Relaciones con el Consorcio Provincial de Bomberos

María Bella Canales Gómez
Diputada de Coordinación de Gestión de Actividades

Luis Carlos Barrero García
Director Estratégico de Cultura

Félix Sancha Soria
Jefe del Servicio de Cultura

Antonio Rus Pérez
Coordinador del Comisionado para la Memoria Democrática

EXPOSICIÓN Y EDICIÓN DEL CATÁLOGO

Comisaria: María Clauss

Coordinación: Marcos Gualda

Textos: María Eugenia Limón Bayo, Juan Cobos Wilkins, Rafael Adamuz Santos

Diseño de catálogo: Víctor Pulido

Fotografías: María Clauss, archivos familiares

Montadores: Juan Fernández Coronado, José Ignacio Osorno Peral y Juan Sande

Fotomecánica e impresión: Artes Gráficas Bonanza

Depósito Legal: H 122-2022

Área de Presidencia
Diputación Provincial de Huelva
Comisionado Memoria Democrática
arus@diphuelva.org
www.diphuelva.es/memoria/